

PERVERSIONES OBLICUAS

VV. AA.



ediciones
oblicuas

PERVERSIONES OBLICUAS

VV. AA.



ediciones
oblicuas

No deseo desvelar al lector nada de lo que va a encontrarse en las páginas de este libro. Sí quisiera advertirle, sin embargo, que en ellas no va a toparse con nada que no esté en su interior, nada que no pertenezca, de un modo u otro, a la propia naturaleza del hombre (de la mujer) y que, por tanto, omita la farsa de apartar los ojos con asco, horror o incompreensión ante la lectura de según qué párrafo. Quién sabe qué peores delitos alberga su corazón, a priori tan libre de culpa.

Si alguien quiere, a pesar de todo, tacharnos de provocadores, acusarnos de fomentar el mal gusto o tildarnos de ser una pandilla de degenerados, primero se lo agradeceré profundamente y, segundo, le diré que lo único que nosotros pretendemos es, tal y como subraya una de las acepciones de la palabra perversión, «perturbar el orden o el estado de las cosas». Dudo que, producto de esta perturbación, el mundo resultante fuera peor de lo que es ahora.

Alberto Trinidad
(Director editorial de Ediciones Oblicuas)



Perversiones Oblicuas

VV. AA.

www.edicionesoblicuas.com

Perversiones oblicuas

© 2011, VVAA.

© 2011, Ediciones Oblicuas

c/ Lluís Companys nº 3, 3ª 2ª

08870 Sitges (Barcelona)

info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición papel: 978-84-15067-56-6

ISBN edición ebook: 978-84-15067-57-3

Primera edición: mayo de 2011

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Prólogo

Cuando me planteé la posibilidad de realizar una antología de relatos con algunos de los autores Oblicuos para celebrar el quinto aniversario de la editorial, sinceramente no dudé mucho a la hora de escoger un tema común a estos cuentos. Si hay algo que define, por encima de otras muchas particularidades, a los escritores con los que he tenido el placer de embarcarme en esta aventura editorial, es la transgresión. La transgresión en sus más múltiples facetas, ya sea por la utilización poco usual del texto narrativo, por la temática que componen sus obras, por la actitud en sus apariciones públicas, por su inhabitual uso de la metáfora o, simplemente, por no conformarse con permanecer en el lado sólido, confortable de la realidad y/o el arte y tratar de ir más allá de los cánones establecidos a través de sus plumas, bolígrafos, lápices o lenguas. De modo que, al ponerme en contacto con ellos, uno a uno, para plantearles su participación en este proyecto, no me extrañó en absoluto ver reflejada en sus rostros cierta sonrisa malévola que invitaba a pensar en el acierto de mi propuesta.

A partir de ahí, todo resultó bastante sencillo. Les ofrecí unas cuantas semanas de plazo y una única premisa inicial alrededor de la cual debían escribir un relato: la perversión, sin especificar de qué tipo. Al cabo de ese par de meses (unos más tarde que otros, ya se sabe) me entregaron sus trabajos terminados y pude comprobar, con

orgullo, que el resultado final del libro respondía con exactitud a la idea que me había hecho de él en un principio. Cada uno de ellos, con su más que identificable estilo y atendiendo a sus propios fetiches literarios, ayudaron a dar forma a estos 12 relatos concebidos desde sensibilidades y maneras de encarar el texto literario muy marcadas, pero cuyo gusto por explorar los márgenes de la literatura los une.

No deseo desvelar al lector nada de lo que va a encontrarse en las sucesivas páginas de este libro, por ello no voy a extenderme mucho más en este prólogo. Sí quisiera advertirle, sin embargo, que en ellas no va a toparse con nada que no esté en su interior, nada que no pertenezca, de un modo u otro, a la propia naturaleza del hombre (de la mujer) y que, por tanto, omita la farsa de apartar los ojos con asco, horror o incomprensión ante la lectura de según qué párrafo. Quién sabe qué peores delitos alberga su corazón, a priori tan libre de culpa.

Si alguien quiere, a pesar de todo, tacharnos de provocadores, acusarnos de fomentar el mal gusto o tildarnos de ser una pandilla de degenerados, primero se lo agradeceré profundamente y, segundo, le diré que lo único que nosotros pretendemos es, tal y como subraya una de las acepciones de la palabra perversión, «perturbar el orden o el estado de las cosas». Dudo que, producto de esta perturbación, el mundo resultante fuera peor de lo que es ahora.

Alberto Trinidad

(Director editorial de Ediciones Oblicuas)

*** Quiero agradecer la colaboración en este libro de una magnífica estrella invitada, venida de la mano de Juanita Márkez, como es Itziar Ziga, una de las abanderadas del

movimiento transfeminista en nuestro país y que, seguro, le otorga a esta recopilación un matiz distintivo.

—Abuelita, abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!
—Son para verte mejor.
—Abuelita, abuelita, ¡qué orejas más grandes tienes!
—Son para oírte mejor.
—Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!
—Son para...

Alberto Díaz

Alberto Díaz (Barcelona, 1975) estudió Derecho, pero no terminó la carrera porque muy pronto descubrió que jamás llegaría a Perry Mason. Trabajó como investigador privado, pero aquello no tenía el encanto de las historias de Philip Marlowe, así que también lo dejó. Lleva más de una década dedicándose al periodismo musical en revistas como *Ruta 66* y *Popular 1*, y ni siquiera ha cursado Ciencias de la Información. Siempre metiéndose donde no le llaman, acaba de publicar su primera novela, *Persiguiendo ángeles*, lo cual le convierte, oficialmente, en escritor.

BELLOS MONSTRUOS

No soy nada bueno contando chistes. Y es una lástima, porque aquí se escuchan algunos que realmente hacen que te mees encima de la risa..., lo cual resulta de lo más útil los martes por la noche, ya me entiendes. Pero ése no es el caso.

El caso es que tengo una memoria terrible. Fatal. La típica mala memoria que te impide retener en la cabeza la lista de la compra, el final de una película que te gustó moderadamente o aquel chiste desternillante que escuchaste un par de días atrás. Como ese tan divertido protagonizado por un misofílico, un hematófago y un gerontófilo; la clásica variante de los chascarrillos de siempre, ya sabes. La versión 3.0 del tonto que da sopas con onda a los listos que le chulean, pero sustituyendo gentilicios por parafilias y desviaciones sexuales, aunque aquí se nos tenga absolutamente prohibido referirnos a esos comportamientos con términos de ese calibre. No hay nada *retorcido* ni *escabroso*, sólo hay *patrones*. Hábitos de consumo. Y, en cierto modo, tiene sentido: el cliente siempre tiene la razón y, ¡qué diablos!, estamos en el puto siglo XXI. Casi todo vale, con un *casi* minúsculo y en cursiva, letra pequeña sepultada entre cláusulas ambiguas y normas de etiqueta: sabes que está ahí, pero no te molestarás en leerlo. Nadie lo hará, porque casi todo vale.

Nada ofende.

La primera vez que contemplas cómo un eunuco, enfundado en látex rojo de la cabeza a los pies, se masturba sobre un pastel de cumpleaños mientras exhibe un dildo extra grande en la comisura de su ojete engrasado, puede parecerte de lo más chocante, pero cuando ves el mismo numerito miércoles sí y miércoles no durante varios